

Montse de Paz

Elige la vida



UNA LECTURA EXISTENCIAL DE LA BIBLIA



DESCLÉE DE BROUWER

Montse de Paz

Elige la vida

Una lectura existencial de la Biblia



Desclée De Brouwer

© Montse de Paz, 2019

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2019

Henaio, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3038-2

Depósito Legal: BI-356-2019

Impresión: Itxaropena, S.A. - Zarautz

**Los 7 Símbolos del Bestiario Bíblico
que quizás no conozcas**

Descárgalo gratis en edesclée.info con el código:

7SIMBOLOS3038

Índice

Introducción	9
Infancia	11
Génesis, la edad de las promesas	13
Hagamos al hombre	19
Una genealogía manchada	33
Hijos de la promesa	39
Los hermanos	47
Adolescencia	55
Éxodo, la rebeldía y la libertad	57
Egipto, la prisión confortable	59
La misión	65
La salida	79
La ley	89
Joven adultez	103
La tierra prometida	105
La conquista	107

ELIGE LA VIDA

El apogeo	123
La sombra del laurel	149
Conclusiones	177
La crisis de la media vida	181
El exilio	183
La noche oscura	185
El sueño de la crisálida	199
Desplegando alas	211
La madurez	221
La restauración	223
El retorno	225
Escribir la historia	231
Sabiduría para cada día	237
Libros de autoayuda	253
Novelas ejemplares	287
El cantar de los Cantares	301
Epílogo	305

Introducción

Hace tiempo que pienso que la Biblia es el mejor libro de autoayuda que existe. Durante años he sido una lectora bastante asidua de cierta literatura: crecimiento personal, nuevas espiritualidades, terapias alternativas, pensamiento positivo... En definitiva, una serie de libros que se engloban en esta mágica palabra: autoayuda.

Pero, profundizando en cuanto he leído, he percibido una uniformidad latente en todas estas corrientes, y un agotamiento de temas y discursos. La nueva espiritualidad, tan libre, abierta y sincrética, termina sabiendo siempre a lo mismo: quizás me equivoque, pero intuyo una especie de dogma que se repite disfrazado de mil formas distintas, un mismo mensaje que no termina de saciarme. Por eso he sentido el deseo de volver a las raíces religiosas y culturales de las que procedo. Así es como me he reencontrado con la Biblia y he descubierto que difícilmente encontraré mejores textos y mejor ayuda espiritual para crecer como persona que esta fascinante biblioteca antigua.

Me centraré en el Antiguo Testamento. Sus libros recogen la historia de un pueblo en busca de sentido. Un pueblo insignificante, poco glorioso comparado con las grandes civilizaciones de la antigüedad. Un pueblo que podría haber desaparecido sin dejar

rastró en la memoria humana. Despojados de su tierra, sin rey, sin templo, devastadas sus ciudades y deportados, no conservó otra institución que la familia, ni otra ley que la que llevaba en su corazón. Ha sido nómada, exiliado, esclavo y derrotado; ha sufrido persecuciones sin cuento a lo largo de los siglos. Pese a todo, el pueblo judío sigue existiendo hoy, su religión está bien viva y sus escrituras sagradas han influido de manera decisiva en la historia del mundo. ¿Cuál es el secreto?

Si la Biblia contiene la razón por la que un pueblo minúsculo y vapuleado logra sobrevivir, también tendrá mucho que decirnos si aplicamos su sabiduría a nuestra vida personal. ¿Acaso no atravesamos todas crisis, etapas de dificultad y desafío, momentos de duda y de intensa búsqueda de sentido?

De aquí nace la idea de este libro... que no quiere ser un libro de autoayuda más, aunque termine siéndolo. Simplemente deseo escribir mis reflexiones, muy subjetivas y quizás más apasionadas que rigurosas, de cuanto me sugiere la lectura de la Biblia trazando un paralelo entre la historia de Israel y la trayectoria vital de cualquier ser humano.

Si estas líneas animan a los lectores sumergirse en la lectura del *Libro de los Libros*, me daré por satisfecha. Mi ensayo es un pequeño arroyo, un canal de aguas que fluyen de una fuente infinitamente mayor, más caudalosa y rica. Estoy segura de que en ella los lectores sedientos encontrarán mucha más profundidad, interrogantes, desafíos... y quizás respuestas.

Nota: Todas las citas que aparecen en este libro son de la Biblia de Jerusalén, en la nueva edición revisada de 2017, publicada en España por Desclée De Brouwer.

Infancia

Génesis, la edad de las promesas

Los tres interrogantes

El Génesis, u origen, se puede asociar a nuestra etapa fundamental: la infancia. Es la base de nuestra vida, el tiempo en el que nos formamos como personas. Es la edad de las promesas.

¿Quién somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Son grandes interrogantes que siempre han acechado al ser humano. Y con estos han surgido otros. ¿Qué es el mundo? ¿Por qué es así? ¿Tiene algún sentido, o alguna finalidad?

La ciencia se ha ocupado de responder a algunas de estas preguntas. Las diversas disciplinas nos explican, cada vez con mayor rigurosidad, qué cosa es el ser humano, qué es y cómo es el mundo. Y, cuanto más sabemos, más nos asombramos. El cosmos es increíblemente grande y maravilloso. Pero más sorprendente aún es aprender que el cerebro humano, ese órgano esponjoso que puede ser contenido entre las manos, es mucho más complejo y encierra aún más enigmas que todo el universo.

La filosofía se ha ocupado de responder al por qué de las cosas. Y ha dado diversas respuestas a lo largo de los siglos y en las diferentes culturas. Con la ayuda de la razón es posible llegar a la conclusión de que tiene que existir un principio creador

o *causa primera* de todo cuanto existe. Y que este principio tiene que ser trascendente y estar situado en un plano distinto a la realidad creada.

La filosofía occidental moderna, con el positivismo científico y sus *maestros de la sospecha*, ha rechazado la idea de una dimensión trascendente. Los filósofos suspicaces admiten que el hombre tiene sed de algo infinito, pero niegan que este infinito exista fuera de la imaginación. Por tanto, la existencia humana está abocada al absurdo. Es una hermosa tragedia, efímera y sin un sentido concreto.

Las religiones tradicionales no se contentaron con esta explicación, que no es tan moderna como pueda parecer, pues pensadores existencialistas y escépticos siempre los ha habido –también en la Biblia los veremos reflejados–. Las diversas religiones han intentado dar respuesta a ese interrogante: ¿para qué existe todo? O, dicho de otro modo, ¿qué sentido tiene nuestra existencia y la del mundo? Y la búsqueda de sentido siempre acaba dando con una respuesta trascendente. El sentido de la vida está más allá de la realidad visible.

El Génesis expresa de manera mítica y poética la respuesta que halló el pueblo de Israel a los tres interrogantes fundamentales acerca del ser humano: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿cuál es mi destino?

Los antiguos hebreos vivían bajo la influencia de varias culturas que florecieron en el Creciente Fértil. Todas eran politeístas y poseían una cierta visión del mundo y de la condición humana.

Para las religiones babilónicas, arraigadas en valles fluviales sometidos a riadas y cambios estacionales, la existencia era azarosa e incierta. Sus panteones estaban poblados de dioses furibundos y belicosos, la vida humana tenía un destino fatal, la muerte, y los hombres eran juguetes de los dioses y del destino.

La única esperanza a la que podía aspirar un hombre era a ser recordado por sus hazañas y sus obras en vida.

Para la cultura egipcia, marcada por el Nilo exuberante y generoso, los dioses eran más benevolentes, aunque tampoco exentos de violencias y caprichos puntuales, y el hombre podía aspirar a una buena vida en el más allá, dependiendo de sus acciones terrenas. La idea de un juicio tras la muerte, donde se pesa el alma del difunto en una balanza, aparece en Egipto. En la cultura egipcia se da una noción moral y de retribución, premio o castigo por las obras realizadas.

En Canaán las gentes creían en múltiples dioses vinculados a la tierra y a los elementos naturales, a cual más veleidoso y temible. El Dios de Israel adopta a menudo atributos de estos dioses reyes y guerreros –El, Baal– pero se aparta poco a poco de su arbitrariedad y crueldad. Los cultos cananeos son una religión que, en última instancia, se basa en el mercadeo espiritual: te doy para que me des. Si el devoto cumple con sus obligaciones hacia los dioses, estos le favorecerán y lo bendecirán con buenas cosechas y muchos hijos. Si no, lo abandonarán a su suerte. La fe religiosa está ligada al ritual y a la magia. Por medio de las ofrendas y los sacrificios se puede aplacar a los dioses e influir en su voluntad.

En la comunidad israelita se cultivaron creencias similares a las cananeas y se libró una pugna religiosa interna, como van descubriendo los biblistas. Pero hubo en su seno algunas personas y grupos que tuvieron una experiencia mística y una intuición diferente, que los apartó de las creencias politeístas de su entorno y les hizo formular, poco a poco, una nueva teología. Así nació la fe en Yahvé, *El que es*, el dios único y sin nombre concreto, sin cuerpo, ni rostro ni imagen que pueda representarlo. Un dios que no es caprichoso ni ha formado a los hombres para

ser esclavos, sino que es todopoderoso, libre y ha creado al ser humano, haciéndolo semejante a él, para llamarlo a la libertad y a la amistad con él.

La idea del ser humano que se desprende del Génesis es hermosa y optimista. El **hombre es similar a Dios**, y esto significa que es creativo –no *creador* a partir de la nada–, es libre, es inteligente y tiene la capacidad de amar. La libertad que Dios le otorga es imprescindible para que se cumpla la semejanza divina. Y esta libertad lleva consigo aparejada la responsabilidad. De ahí surgen una ética y una moral comunitaria muy claras. Por eso, en la religión hebrea, la ley y la fe están indisolublemente unidas.

El ser humano es libre y responsable. ¿De dónde viene? De Dios. Ha sido creado con una dignidad enorme, que lo sitúa por encima del resto de criaturas del mundo. Pero al mismo tiempo, por ser libre, tiene una enorme responsabilidad moral. Todo cuanto haga depende de su decisión, no es un juguete del destino. El mundo está en sus manos, esta es una lectura de la controvertida frase *henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces y en las aves del cielo y en todo animal...* (Génesis 1, 28). También es responsable de sus semejantes, como recuerda Dios a Caín: *¿Dónde está tu hermano Abel?* (Génesis 4, 9).

Y, ¿a dónde va? ¿Cuál es la finalidad de su vida? El Génesis expresa un deseo muy común del hombre de la antigüedad. El sentido de la vida humana es cumplir la voluntad de Dios, expresada en la frase *sed fecundos y multiplicaos*. Es decir, vivir una vida próspera, feliz, abundante, y perpetuarse en la descendencia. Poco se habla del más allá, en estos primeros libros de la Biblia. La bendición de Dios es una vida buena aquí, en la tierra. Y una vida buena no solo entraña bienes espirituales, sino bienes materiales y muy concretos. Como vemos, las aspiraciones de los israelitas eran absolutamente realistas y connaturales a la condición humana.

¿Qué hombre, qué mujer, no aspira a disfrutar de la vida, trabajar en algo motivador que lo realice, ganar su sustento con esplendor, amar a alguien, formar un hogar, engendrar hijos y sentir que su vida ha dejado un rastro benefactor en este mundo?

Dios quiere que el hombre y la mujer florezcan. Esta es la meta de la vida. En los primeros capítulos de la Biblia se contiene el fundamento, la médula de una concepción del ser humano y de su existencia que permitió sobrevivir a un pueblo perseguido y que nos puede iluminar, hoy, en nuestra singladura vital, tan expuesta a vientos y tempestades. En la Biblia encontraremos más que una filosofía de vida: hallaremos una fe, una convicción profunda y, sobre todo, una experiencia. Más allá de un pensamiento racional, encontraremos verdades existenciales. Aquellas que quizás no son científicamente comprobables, pero sí vitalmente razonables y significativas. No encontraremos ciencia empírica, sino sabiduría.